

El día siguiente



Peligrosas palabras

Reflexiones de una escritora



Luisa Valenzuela



OCEANO

COMISSIÓ INTERdepartamental de l'Editorial de la llengua catalana
del Departament d'Ensenyament i Universitats
del Departament de Cultura i Patrimoni Històric
del Departament de Turisme i Mitjàs de Transport
del Departament de Treball Social i Família
del Departament de Justícia i Consumidors
del Departament de Sanitat i Consumidors
del Departament de Medi Ambient i Urbanisme
del Departament de Política Lingüística i Assaiguts
del Departament de Política Lingüística i Assaiguts

CONFESIÓN

Al completar una novela o una colección de cuentos quedan resabios de ciertas percepciones que van, paso a paso, ampliando su propio espectro. Creo en los caminos alquímicos y me ha tocado a mí la llamada *via lunar*, que contrariamente a la vía solar transita de la práctica a la teoría. Es decir que primero hago, siguiendo el hilo narrativo o la llamada "inspiración", y después trato de entender lo que hice y, sobre todo, por qué lo hice. Literariamente hablando, claro está.

En este caso se trata de un acercamiento al trabajo de teoría como una excrecencia del trabajo de creación. Un tomar distancia de lo escrito desde la pura ficción para intentar elaborar algunas ideas al respecto. A veces, con suerte, en un espirolado juego de vaivén, de la idea nace algún pequeño relato que la ilustra.

Sólo con los cuentos agrupados bajo el subtítulo "Cuentos de Hades", del volumen *Simetrías*, logré invertir la corriente y pude escribir narrativa a partir de una concepción teórica. Se trata de una relectura desde la mujer —y la mujer que se

narra a sí misma— de los cuentos de hadas de Perrault. Ya abordaré el tema cuando corresponda, aunque no sé muy bien cuándo corresponderá, porque me gustaría que los siguientes capítulos funcionaran como una forma de hipertexto; quien los lea podrá saltar del planteamiento de un tema a su desarrollo en otro sector del libro. Por eso mismo titulé “Ventanas” aquello que aparece como estrambote o dato añadido.

Mi tránsito por la vía lunar me viene de lejos, si bien me llevó años saber que se trataba de algo reconocido y hasta quizá positivo. Como si fuera ayer me acuerdo de una tarde de inglés en mi escuela primaria cuando teníamos que completar frases, muchas de ellas refranes o consejos para mí desconocidos. La única frase en la que me equivoqué la había dejado para lo último a causa de la duda. Decía: “[...] *before you...*” y las palabras que me quedaban para escoger eran “look” y “leap”. Lo pensé mucho. Y decidí que era preferible saltar primero y mirar después, para no aparecer como una mirona presa de la tan difamada curiosidad femenina.

Se ve que no aprendí la lección. Primero salto, y después miro.

Los aquí reunidos son, en definitiva, ejercicios de una mirada posterior a ese salto al vacío que es la escritura de ficción.



Al retomar, corregir y aumentar los presentes textos, escritos a lo largo de casi treinta años de ac-

tivismo literario, por fin entiendo la fuerza que los fue moviendo. Se llama shakti y en el panteón hindú simboliza el elemento femenino que se encuentra en *todos* los seres humanos. Las diosas le transmiten shakti a los dioses para que ellos puedan ejercer plenamente sus funciones. La cultura occidental ha desatendido su shakti. Poco a poco el movimiento de liberación femenina ha ido enredando los tantos. Las siguientes reflexiones sobre la mujer y la palabra pueden y quizá deban ser leídas desde el punto de vista shakti, que involucra también el pensamiento menos obvio del hombre, y gracias al cual podremos empezar a entablar un diálogo entre pares.

Mis aportes a este diálogo mixto son, sin lugar a dudas, mis libros de ficción, los que más hablan por mí sin rozar siquiera, o apenas con la punta de los dedos, mi vida. Ni lo necesitan: son mi sinceridad más descarnada. También hablan por mí las presentes reflexiones, y hablar es la palabra porque muchos de estos textos nacieron como charlas, conferencias, ponencias en muy diversos congresos; esas cosas de la coloquialidad que he tratado de respetar a pesar de todas las addendas y afinaciones (como quien afina un motor más que un instrumento de música). Quise conservar el tono coloquial, compartiendo algo que contestó John Berger cuando le comentaron que su novela *King* parecía naïf pero no lo era en absoluto: “Trabajé mucho en ese sentido. Intenté que fuera directa, y cuando la gente habla en forma directa parece naïf, porque lo usual es hablar

con complejidades protectoras. Merece la pena correr el riego". A continuación de lo cual el gran escritor inglés agregó algo esencial a toda escritura: "Lo que importa es la distinción entre ingenuidad y lo que yo llamo ignorancia criminal, que consiste en no querer saber, en no querer mirar, en no querer hablar".

Los tres monos sabios deberán enfrentarse acá—mansamente, es cierto— con la mona que, aunque se vista con el ropaje literario que durante siglos fue privativo del hombre, mona queda. Y a mucha honra. Será ésta una mirada de mujer, con conciencia de serlo, para bien y para mal, desde las hormonas, sí, pero sobre todo desde esa construcción social llamada "mujer" que ataña a la humanidad en pleno.

Muchas cosas se dicen sobre la escritura de la mujer para simplificar algo que puede ser tan similar a la escritura patriarcal y sin embargo tan sutilmente diferente.

Se dice, por ejemplo, que la escritura de la mujer está hecha de fragmentos. Con los presentes textos no intento refutar idea tan simplista, todo lo contrario. Trataré de alentarla pensando en fragmentos, aunque no me reconozca tanto en la escritura fragmentada como en la polifonía, una multiplicidad de voces para enfrentar el discurso hegemónico, unívoco.

Como las hacendosas muchachas que me precedieron en la historia, éste será un muestra-

rio. Ellas lo confeccionaban con aguja e hilo, los delicados puntos cada vez más complejos que iban aprendiendo en sus clases de bordado; el mío no resultará un bordado tan vistoso porque intentaré, como se propuso en un memorable encuentro en la ciudad de México, ir bordando con la escritura alrededor de la palabra. O mejor dicho alrededor de todo aquello que el tema *palabra* convoca.

APROPIACIÓN DE UN LENGUAJE PROPIO

Todo lamento es siempre por el lenguaje, así como toda alabanza es sobre todo loa a los nombres.

Giorgio Agamben,
La comunidad que viene

Siempre hay tentaciones y siempre hay efectos de vértigo. También juegan las ganas de sentirse un poco iconoclasta, irreverente, a pesar de que ya ha habido tanta iconoclastia e irreverencia que lo nuestro corre el riesgo de parecer pálido. Pero a caballo del siglo XXI, de esto que puede ser un pre-cipicio o una vuelta de página, cabe esperar que se dé el cambio, la apertura, en múltiples direcciones. Por lo pronto ya podemos celebrar el encuentro tan largamente postergado de la mujer con su propio lenguaje. Casi casi como el muy surrealista encuentro del paraguas y la máquina de coser, siendo la mesa de vivisección la casa de la lengua.

Teniendo siempre en cuenta, natural y muy lacanianamente como nos recuerda Eduardo Vidal, que "el ser humano es un extraño en la casa de nadie: el lenguaje".

Un hogar que no le fue familiar a la hembra de la especie de los bípedos implumes, muy a pesar suyo. Ella, precisamente, la reina de todo hogarcito limitado y casero, fue extrañada precisamente de éste, el ajeno por antonomasia, do-

blemente ajeno para ella porque la capacidad de apertura del lenguaje que ella supo entrever fue usada en su contra para cerrarle las puertas.

A raíz de lo cual el viaje de la mujer a través del reino de la palabra ha sido arduo: de sujeto de la sujeción, pasando por ser sujeto del enunciado, la mujer está llegando por fin en los albores del tercer milenio a ocupar el lugar que le corresponde en tanto sujeto de la enunciación.

Conviene conservar la conciencia de esta larguísima y dura travesía.

En nuestra recientemente conquistada capacidad como sujetos enunciantes estamos por fin diciendo nuestras oscuras verdades para develar aquello que permanecía oculto a la sombra del logos masculino.

Las escritoras hemos aguzado nuestra percepción de la palabra, sobre todo en relación con su carga semántica, que en ocasiones puede resultar tan letal como un arma. Podríamos pensar en el lenguaje como arma blanca de doble filo que vamos aprendiendo a usar en toda su potencialidad. Se nos legó un cuchillo romo, "dull" como se dice en inglés, término que implica claras insinuaciones de aburrido, obtuso, embotado, y estamos afilándolo hasta sacarle chispas. No es un arma de combate contra el otro género sino más bien un buril que esgrimimos para irnos tallando una vez más, un bisturí para ir desprendiéndonos de rebabas, de pólipos, de fibrillas y adherencias paralizadoras. Contra las limitaciones impuestas por aquello que al nombrarnos nos encasilla, in-

visibiliza o peyoriza, vamos descubriendo nuestra capacidad de nombrarnos con palabras propias, invirtiéndoles la carga a dichas palabras y a las palabras dichas para que se vuelvan liberadoras.

Reconocer la carga —más relacionada con el valor connotativo que con el denotativo— resalta tarea esencial ahora que estamos logrando hacer escuchar nuestra voz en el discurso de las naciones.

El inevitable Barthes, en *El grado cero de la escritura*, dio alguna pista: "las palabras tienen una segunda memoria que se prolonga misteriosamente hacia el centro de las nuevas significaciones".

Es para reavivar la tal memoria, para devolverle su brillo perdido, que muchas escritoras intentamos prestar una oreja muy atenta a la lengua.

Apropiación, entonces, de un lenguaje propio, y apropiación a la vez del propio lenguaje.

Propio "que pertenece a una persona o cosa | natural, no artificial | conveniente, apto".

Según nos hace saber el infaltable *Pequeño Larousse*, en cuya portada una mujer siembra a los cuatro vientos desde los comienzos pero, hasta hace pocos años, nunca logró cosechar alguna en los campos del lenguaje propio. Porque la definición del vocablo *propio* tiene aún otras propiedades, como sustantivo masculino: lo propio del hombre.

Lo sabemos bien, la cuestión radica en la universalidad. La humanidad es masculina. Lo masculino denota la generalidad donde nosotras,

las mujeres, somos entendidas, tal vez, como simples accidentes. Mucha tinta y hasta quizá algo de sangre (menstrual a veces) ha corrido para luchar contra esta invisibilización de la mujer. A veces con éxito y otras no tanto. "Diciendo *el hombre* yo abrazo a la mujer", explicaba o quizá ansiaba cierto caballero respetable que conocí. Como tantos.

LA PALABRA REBELDE

Fue en Ottawa, al final de cierta mañana de octubre de 1978 que atesoró en la memoria, donde y cuando se me abrió el entendimiento en una verdadera y muy joyceana epifanía. No sé si agraderlo, porque si bien mi escritura pareció seguir su curso, la reflexión al respecto nunca más fue la misma y empezó a internarse por vericuetos no siempre tranquilizadores.

Habían transcurrido doce años desde la publicación de mi primera novela, pero todavía era presa de una inocencia que me mantenía en el camino transitado por todos —y digo bien *todos*— y estaba tranquila porque no sentía que mi palabra fuera tan distinta de la palabra de la tribu. Ya había gozado y sufrido muy variadas insancias de ese acto de amor llamado "escritura de ficción" durante el cual una se entrega de cuerpo entero para permitir —y con mucha suerte lo *grat*— el afloramiento de aquello que ni siquiera sabemos que sabemos. Conocía bien el sagrado vértigo de la escritura cuando se lanza a decir por cuenta propia verdades o percepciones mucho

LA PALABRA, ESA VACA LECHERA

En los colegios de mi país agropecuario y ganadero solían hacernos escribir una composición de tema previsible: la vaca. Hoy, tratando de adentrarme en el tema de la escritura de mujer, pienso naturalmente en la palabra (que es a la vez cuerpo y escritura) y naturalmente pienso en la vaca.

Animal nutricio, la palabra, animal muchas veces dócil que solemos ordeñar a nuestro antojo, animal que a veces presenta cuernos y nos embiste, al que muchas veces le "sacamos el cuero" para decirlo en argentino, que tiene carne y vísceras, buenos y malos olores. Sólo que no siempre tiene cuatro patas; puede tener cinco como las que se le buscan al gato, o mil patas o ninguna (palabra desparrada), y hete aquí que es cuerpo y es nuestro cuerpo y la producimos con nuestros propios jugos a veces llamados saliva y a veces tinta.

Palabras-vaca, vacas nosotras las mujeres, aunque la expresión parezca un insulto y sea simplemente la imagen de un rumiar para dentro, de un digerir y un entender que en última instancia genera el discurso.

Por eso digo que creo en la existencia de un lenguaje femenino aunque éste no haya sido aún del todo develado y aunque la frontera con el otro —el lenguaje cotidiano con impronta de hombre— sea demasiado sutil y ambigua como para ser trazada.

Porque el lenguaje es sexo (y el nuestro es sexo femenino) y porque la palabra es cuerpo. Y en este lenguaje femenino cargado de fuerza, no para nada novela rosa, moñitos todos del mismo color como añora el tango, no son las palabras las que cambian. Lo que estamos efectuando en realidad, aun sin proponérmolo, es un cambio radical en la carga eléctrica de las palabras. Les invertimos los polos, las hacemos positivas o negativas según nuestras propias necesidades y no siguiendo las imposiciones del lenguaje heredado, el fálorata.

Mary Daly en su libro *Ginecología* analiza a fondo el tema del imperialismo verbal al estudiar el papel semántico que el hombre nos ha atribuido desde siempre a las mujeres. Valga una cita como botón de muestra: "Las mujeres hemos sido, en todos los tiempos, las parcas, las tejedoras. Nos adjudican los textiles mientras ellos se quedan con los textos, sin tomar en cuenta que el origen de ambas palabras es el mismo, el término latino *texere* que significa tejer". ("El patriarcado —agrega Daly— nos ha robado nuestro cosmos y nos lo ha devuelto en la forma de cosméticos y de la revista *Cosmopolitan*.")

Ergo: nosotras nos embellecemos, y teje-

mos (aun tratándose de escribir y publicar libros), y ellos escriben. Observen nomás qué ordenadito sería todo —cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa— si no fuera por el sublime travestismo del lenguaje que nos hace todo tipo de jugarretas y muchas veces devela aquello mismo que se pretendió velar.

Por lo tanto no nos dejamos tomar más por sorpresa. Para medir nuestras palabras empleamos ahora nuestras propias varas, y escarbamos profundo hasta llegar a las verdaderas raíces.

Hay conciencia de cuerpo también para el cuerpo de nuestra escritura. Sería ésta una forma de defender nuestro propio oscuro deseo, nuevas fantasías eróticas tan distintas de las del hombre. Nuestros fantasmas. Ésos que se suponían no eran femeninos, entre comillas.

Defendemos por lo tanto el erotismo de nuestra propia lengua y de nuestra literatura, para no seguir siendo el espejo del deseo de los hombres.

Cada vez estoy más convencida de que las palabras son como los quark: ínfimas partículas de materia tan pero tan pequeñas que carecen de tamaño, pero tienen —por imprescindible convivencia— sabor y color, y se presentan intercambiablemente como partícula o como onda, según el ojo del experimentador. O de la experimentadora.

Así, a las viejas, remanidas, usadas, gastadas palabras —las vaquitas de nuestra infancia— ciertas escritoras de hoy les estamos aportando

nuestra combinatoria propia. Levantamos velos, exploramos a fondo las connotaciones para dejar al descubierto ocultos colores y sabores femeninos que nos habían sido escamoteados desde siempre. Se trata de un acceso al conocimiento por la vía oscura, una apropiación desde Beatrice de la *senda scura* del Dante. Ya estamos aburridas de seguir transitando el iluminado (por los hombres) camino logocéntrico que sólo nos lleva donde queremos ir sin permitirnos saber más allá de lo sabido.

Hay todavía mucho por hacer, por suerte. Esto nos mantiene vivas y hace aumentar el número de nuestras huestes. Cada día son más las mujeres que se animan a este tipo de escritura consciente, cada día se afina más el mapa aunque a la mayoría o no le interese o no pueda transitar la compleja senda aquí propuesta.

Porque sabemos del peligro que pueden representar las palabras. La mujer, cuyo mandato fue ser bella y callar, va perdiendo su máscara y ya no le importa la belleza, le importa decir lo que no pudo ser dicho desde la hegemonía del padre, y siembra algo peor que el desconcierto: siembra la duda. Ya no hay terreno seguro y las escritoras así lo entendemos desde esta nueva vista abierta a lo desconocido.

Ventana

La vaca loca

El texto que antecede fue escrito para un congreso que tuvo lugar en la ciudad de México (en el Palacio de Minería, noten ustedes lo portenamente apropiado de la ubicación) en la década de los ochenta. Nada hacía prefigurar entonces el advenimiento de la vaca loca, problemática que decididamente no existía en mi tiempo de comisiones escolares. No pretendo denunciar la grave amenaza creada por la manipulación humana en el reino animal, sino la metáfora. Las vacas no pueden protestar, sobre todo si tienen el cerebro hecho esponja como tantas veces nos enrostraron a las chicas los muchachos. Pero podemos reflexionar sobre la cantidad de veces que se tildó de locas a las mujeres cuando en realidad eran las únicas cuerdas, como Las Locas de Plaza de Mayo. Podemos también pensar que vaca, lo que se dice vaca, nadie come. Comemos terneras y terneros, novillos, vaquillonas. Pero las locas siempre todas femeninas.

PELIGROSAS PALABRAS

La tarea de escribir es desgarradora y dichosa al mismo tiempo. Es un buceo a ciegas en el magma donde se forman las imágenes y las asociaciones, es un dejarse llevar por la creación a todo galope pero con la rienda corta, evitando desbocarse, y es, al mismo tiempo, un minucioso enfrentamiento con algo tan manoseado y vilipendiado y gastado y sorprendente como puede ser el lenguaje.

La palabra: nuestra herramienta y a la vez nuestra enemiga, espada de Damocles, a veces, suspendida sobre nuestras cabezas cuando nos volvemos incapaces de emitirla, de dar con la palabra clave, el abretesésamo que nos permitirá entrar en un nuevo texto. Por eso a menudo digo que la literatura, la producción de literatura, es una maldición de tiempo completo. Y no sólo porque a cada paso nos asalta la duda o porque el cuestionamiento de la utilidad del escribir se plantea en cada página, sino sobre todo porque atenacea lo otro: la culpa o el terror de no estar escribiendo, de no estar escribiendo cada hora de la vida como lo exige cierto oscuro deseo tan

opuesto al otro oscuro deseo que nos empuja a la calle y a esa otra vida que llamamos vida.

Del sillón en el que tengo la idea hasta el escritorio donde podré escribirla, la distancia no es grande, es infranqueable.

Es la misma distancia que media entre el querer decir y el no poder decirlo. Es la forma de resistencia que ofrecen las palabras a ser atrapadas como tales, y nosotros, escritores y escritoras, con una red de cazar mariposas, siempre corriendo tras las dichosas palabras con intención aviesa: no ya de clavarlas, rígidas, con un alfiler al texto, sino de conservarlas vivas, un poco revoloteantes y cambiantes, para que el texto tenga la iridiscencia necesaria —quizá llamada “ambigüedad” — que permitirá a cada lector enfocararlo desde su ángulo y reinterpretarlo.

Y en ese juego del rompecabezas literario no interesa aquello que escribo sino cómo lo escribo (James Joyce, Felisberto Hernández, Clarice Lispector... muchos insistieron en la misma idea). En la articulación entre la anécdota narrada y el estilo de narración, por llamarlo de alguna forma, es donde reside el secreto del texto y donde podemos asistir a ese deslumbramiento de la palabra que alternativamente puede asumir el papel de perro fiel, de cuchillo o de dado.

Una palabra en apariencia inocente cobra esplendor y se transforma gracias a la intención con la que es lanzada desde lejos, gracias a esa calma que se le ha venido preparando con la cantinada de otras palabras que la preceden. Y no ha-

blemos de los silencios de los que de todos modos es imposible hablar. Lo no dicho, lo tácito y lo omitido y lo censurado y lo sugerido cobran la importancia de un grito.

Los rígidos semiólogos hablan de la “contaminación” del lenguaje y se refieren a la polise-mia, es decir, a los desconcertantes sinónimos, a la analogía y a las diversas connotaciones que en cada palabra perturban su naturaleza y su funcionamiento.

Las escritoras hacemos nuestro agosto con estas llamadas contaminaciones, las afilamos, les sacamos brillo, las exponemos de la mejor manera posible para que la luz de la lectura haga resaltar todas sus facetas, hasta las más ocultas, aquellas con las que se nos imponía silencio. Las ignoradas hasta por nosotras mismas. Las que eluden hasta nuestra propia censura, la represión interna.

Los frutos del verano

Estoy en la plaza del mercado y pregono mi mercadería. Ella viene a reconvenirme, justamente a mí, que nunca pisé el convento. Viene hacia mí y me dice: Cuidate m'hijita. Y yo como si no la oyera sigo gritando: Acérquense, toquen, toquen, palpén con ganas, nunca encontrarán más bellos, más turgentes. Tengo los brazos en jarra y la vista fija en los pomelos. A ella no la miro y ella sigue increpándome: Ése no es el camino, m'hija, el pregón es otro, todo lo que dices envilece al mercado, pertenece a otra parte, está mal dicho.

Y yo como si nada, insisto: Aquí encontrará la

más roja de las carnes, la piel más suave. Hago referencia a los tomates, claro está, los frutos del verano. Ella en mí sólo reconoce una semilla aviesa, ni se fija en los frutos.

Vi abrirse el gran portón del convento en la otra punta de la plaza del mercado y la vi salir y supe sin tener por qué saberlo que esta única, increíble transgresión a su ley de clausura me estaba dedicada. Qué calamidad. Yo que no me meto con nadie, sólo miro y a veces pregonó. Las demás vendedoras también miran y pregonan también pero según parece yo lo hago con mayor intensidad y mejores resultados. No por eso más fuerte. Ella, que nunca sale del convento, salió para encararme ¿todavía le quedan esperanzas? Fui la única que me le escapé sin realmente escaparme, simplemente no prestando atención a sus palabras. Dicen que sus palabras eran radiantes como el sol del verano y reverberaban sobre la nieve. Eso fue un invierno. Parece que las demás se acurrucaron al calor de esas palabras —salvación, decía, según parece, y amor eterno— y se dejaron entrampar para siempre. Yo estaba en otra cosa. Esperaba palabras con otro calor adentro, no un calor de rigidez sino un calor cambiante, titilante. Y sólo me decían palabras de colores y me hablaban de fuegos de artificio a los que yo muchas veces me sumaba. El color de ella era blanco, qué aburrido. Yo ahora pregonó el dulzor de mis frutas, su encendida pulpa. En esta plaza del mercado, casi un zoco, donde todo se atiborra y se abigarra, yo pretendo que mi puesto sea distinto y mi mercadería especial, por eso ella me busca. Después de haberme dejado olvidada por los años de los años ahora se digna insta-

larse frente a mí para recriminarme. Esto no se dice, no debe ser dicho, me previene, y yo sé muy bien lo que puede y lo que debe ser dicho bajo este toldo que protege mi puesto, entre perfumados mangos y guayabas. Las más dulces y las más fragantes, para derretirse en la boca, para la especial caricia de la lengua. Una pulpa exquisita. La delicuescencia, el placer del olfato. Huelan, acaricien, prueben. El que prueba se la lleva.

Y para ella mascullo entre dientes: Usted pretende saber lo que de verdad se dice, eso no existe. Son pura leche, grilo, mientras ofrezco un par de cocos. Bien peludos.

Ella pega media vuelta, y sin disimular su furia desanda el camino andado. Por mi causa ha salido del convento y al convento vuelve por mi efecto. Toda de blanco, su pelo también blanco. No le tiro los cocos que tengo en cada mano, le tiro las palabras que quizá vino a buscar sin confesárselo. ¡Arrastrada! Le grito. Traidora. peor que mala perra, le grito, y todo el mercado se pone en mi contra porque la cree una santa. Miren qué pulpa, qué jugos, qué tersura, quisiera gritar y no me sale. Ladróna, ladróna, grito entonces y el epíteto la alcanza justo cuando está por entrar al convento y entonces nunca más. Pero justo antes de que el portón se cierre tras sus pasos alcanzo a gritarle: ¡Tuna llena de espinas, papaya seca! Y puedo reintegrarme así al mercado y los frutos del verano me sonrían.

LA MALA PALABRA

Las niñas buenas no podían decir esas cosas, las señoras elegantes tampoco, ni las otras. No podían decir ni esas cosas, ni las otras, porque no hay posibilidad de acceso a lo positivo sin su opuesto, el negativo revelador y revelado. Tampoco las otras mujeres, las no tan señoras, podían proferir aquellas palabras catalogadas de malas, las grandes, las gordas: las palabrotas. Ésas tan sabrosas al paladar, que llenan la boca. Palabrotas. Las que nos descargan de todo el horror contenido en un cerebro a punto ya de estallar. Hay palabras catárticas, momentos del decir que deberían ser inalienables y nos fueron alienados desde siempre.

Durante mi infancia las madres o los padres —por qué echarles la culpa siempre a las mujeres— nos lavaron a muchas de nosotras la boca con agua y jabón cuando decíamos alguna de esas llamadas “palabrotas”, las palabras sucias, las “malas” palabras. Cuando proferíamos nuestra verdad. Después vinieron tiempos mejores, pero esas interjecciones y esos apelativos nada cariñosos quedaron para siempre disueltos en la

detergente burbuja del jabón que limpia hasta las manchas de familia. Limpiar, purificar la palabra; la mejor forma de sujeción posible. Ya lo sabían en la Edad Media, y así se siguió practicando en las zonas más oscuras de Bretaña, en Francia, hasta unas pocas décadas atrás. A las brujas —y somos todas brujas— se les lavaba la boca con sal roja para purificarlas. Canjeando un orificio por otro, como bien señaló Margo Glantz, la boca era y sigue siendo el hueco más amenazador del cuerpo femenino: puede eventualmente decir lo que no debe ser dicho, revelar el oscuro deseo, desencadenar las diferencias devastadoras que subvierten el cómodo esquema del discurso falogocéntrico, el muy paternalista.

Y del dicho al hecho, de la palabra hablada a la palabra escrita: un solo paso. Que requiere toda la valentía de la que disponemos, porque creemos que es tan simple y, sin embargo, no; la escritura franqueará los abismos y por lo tanto hay que tener conciencia inicial del peligro, del abismo. Desatender las bocas lavadas, dejar que las bocas sangren hasta acceder a ese territorio donde todo puede y debe ser dicho. Con la conciencia de que hay tanto por explorar, tanta barrera por romper, todavía.

Es una lenta e incansable tarea de apropiamiento, de transformación. De ese lenguaje hecho de "malas" palabras que nos fue vedado a las mujeres durante siglos y del otro lenguaje, el cotidiano, que debíamos manejar con sumo cuidado, con respeto y fascinación porque de alguna mane-

ra no nos pertenecía. Ahora estamos rompiendo y reconstruyendo, la tarea es ardua. Estamos ensuciando con ganas esas bocas lavadas, adueñándonos del castigo sin permitirnos en absoluto la autolástima.

La sal

Entre nosotras el llanto está prohibido. Otras manifestaciones emotivas, otras emociones no, pero sí el llanto: prohibido. Al cielo, por ejemplo, podemos darle libre curso y alegrarnos. A los celos, en cambio, debemos mantenerlos bajo estricto control, podrían degenerar en llanto.

¿Por qué tanto miedo a las lágrimas? Porque las máscaras que usamos son de sal. Una sal roja, ardiente, que nos vuelve hieráticas y bellas pero nos devora la piel.

Bajo las rojas máscaras tenemos el rostro en carne viva y las lágrimas bien podrían disolver la sal y dejar al descubierto nuestras llagas. La peor indecencia.

Nos cubrimos con sal y la sal nos carcome y a la vez nos protege. Roja sal la más bella, la más voraz de todas. En tiempos idos nos restregaban la boca con la sal roja, queriendo lavarnos de impudicias. ¡Brujas!, gritaban ellos cuando algo perturbaba el tranquilizante orden por ellos instaurado. Y nos refregaban la cara contra la roja sal de la ignominia y quedábamos anatemizadas para siempre. ¡Brujas!, nos acusaban, acosaban, hasta que supimos apoderarnos de la sal y nos hicimos las máscaras más bellas, iridiscentes, color carne, translúcidas de promesa.

Ahora ellos, si quieren besarnos —y todavía a veces quieren— deben besar la sal y quemarse a su vez los labios. Nosotras sabemos responder a los besos y no tenemos inconveniente en quemarnos con ellos desde el reverso de la máscara. Ellos/nosotras, nosotras/ellos. La sal ahora nos une, nos une la llaga y sólo el llanto podría separarnos.

Con máscara de sal nos acoplamos y a veces los sedientos vienen a lamernos. Es un placer perverso: ellos quedan con más sed que nunca y a nosotras nos duele y nos aterra la disolución de la máscara. Ellos lamen más y más, ellos gimen de desesperación, nosotros de dolor y de miedo. ¿Qué será de nosotras cuando afloren nuestros rostros ardiados? ¿Quién nos querrá sin máscara, quién en carne viva?

Ellos no. Ellos nos odiarán por eso, por habernos lamido, por habernos expuesto. Por habernos ellos lamido, por habernos ellos expuesto, ellos. Y nosotras sin siquiera derramar una lágrima, sin permitirnos nuestro gesto más íntimo: la disolución de la propia máscara gracias al prohibido llanto que abre surcos para empezar de nuevo.



Nuestra máscara es ahora el texto, el mismo que nosotras las escritoras, hoy dueñas de la textualidad y la textura, podemos —si queremos— disolver, y si no queremos, no. Reconstruirlo y modificarlo haciendo propias las palabras que solían ser malas para algunos —malas en nuestras bocas, claro está— y armarnos con ellas de coraje.

Entre dos tapas. Espejarnos en el libro, en el texto, la otra cara del cuerpo.

Ya hace tanto que venimos escribiendo, cada vez con más furia, con más autorreconocimiento. Mujeres en la dura tarea de construir con un material signado por el otro. Construir *no* partiendo de la nada, que sería más fácil, sino transgrediendo las barreras, rompiendo los cánones en busca de esa voz propia contra la cual nada pueden ni el jabón ni la sal gema, ni el miedo a la castración, ni el llanto.